

intentar resolver los problemas de la vida. La mujer, como es ilógica, acierta en cambio. Pero está claro que ni unos ni otros acertamos nunca, si no la felicidad sería un hecho, y no lo es. La mujer no es más intuitiva, ni más irracional, ni se mueve más en el mundo de las ideas impuras que el hombre, ninguno de los dos posee la suficiente intuición/inteligencia como para acertar a combatir del todo la soledad, la masificación, la injusticia o el desamor. Además no se puede afirmar que la mujer se mueve mejor en el mundo de lo concreto y a la vez es irracional: eso me suena a una simple contradicción.

La mujer confía en lo irracional, en lo mágico, y por eso difícilmente pierde la fe, porque nunca el mundo puede rebelársele más absurdo de lo que a primera vista parece.

Esto, que desde luego es muy hermoso, supone en la mujer un poder que ésta no tiene, un poder que de poseer alguien, éste sólo podría ser Dios, y es el de comprender intuitivamente el mundo. El que la mujer confíe en lo irracional y lo mágico, confianza que está al parecer sobre otras cosas, puede hacernos resbalar peligrosamente hacia la creencia de que esto es así porque la mujer es irracional, y en cualquier caso ésta no confía más en la magia, en los poderes sobrenaturales y en otro plano de lo humano que cualquier hombre.

La mujer es la inventora de casi todas las artes útiles. La industria es esencialmente femenina, pero sólo mientras se mantiene a escala doméstica.

De acuerdo con Sábato en su afirmación primera que él toma de Otis Mason. Ciertamente la mujer es la inventora de casi todas las industrias útiles en su primer estadio, pero no ciertamente porque a la mujer le apasionara especialmente ese trabajo ni porque poseyera unas cualidades especiales para inventar la cerámica, la industria, la ganadería, la medicina, etc., sino porque, no estando físicamente preparada para cazar, como su compañero masculino, y sobre todo viéndose obligada a cuidar a su prole en el hábitat, no tenía más remedio que dedicarse a «inventar». Pero eso nació de esa primaria y elemental forma de división del trabajo, y repito, no porque la mujer, por el hecho de serlo, estuviera predispuesta a descubrir la industria. Visto lo que llevamos visto era lógico suponer que Sábato no permite al sexo femenino ocupar un puesto en la cadena industrial ya desarrollada, y así dice que cuando el comercio y la industria crecen y se abstractan «dejan de ser empresas de mujeres, a no ser que éstas, como sucede en el mundo contemporáneo, tiendan a masculinizarse». Esto es a todas luces injusto. Primero porque existen mujeres empresarios nada masculinizadas en el mundo de la empresa (un ghetto tradicionalmente de hombres), y porque cada vez más mujeres, merced a la mejora de

la igualdad de oportunidades, acceden a ese mundo; si no lo han hecho hasta ahora ha sido por lo de siempre: pura y simple discriminación.

A la mujer, lo que de verdad le apasiona es la conservación de la especie.

Eso es sólo cierto hasta cierto punto. La maternidad es una cuestión de vocación, algo que muchas mujeres no poseen, algo que desde luego no se tiene por el hecho de ser mujer. Conservar la especie, es decir, parir, cada vez es menos objeto primordial de la mujer, cada vez es menos objetivo último, especialmente entre las clases sociales que más posibilidades tienen de acceder a una cultura. Sábato está claro que no conoce, por otra parte, el altísimo grado de abortos que se producen todos los años en el mundo. Ultimamente parece que hay una corriente entre las mujeres (insisto en el hecho de que este fenómeno se produce especialmente en una serie de clases sociales concretas) de tener uno o dos hijos nada más. Si a la mujer le apasionara conservar la especie, todas las familias serían numerosas. Al hombre le apasiona tanto o tan poco como a la mujer conservar la especie, no creo tampoco que en este caso exista una diferencia tan radical entre los dos sexos como imagina Ernesto Sábato.

(...) la característica del hombre es su amor a la cosidad, a las cosas en abstracto. (...). El amor concreto de la mujer a los seres que la rodean se proyecta a las cosas inanimadas que de algún modo están en contacto con ellas.

El hombre no ama las cosas, ama a las personas, igual que la mujer. Amar a las cosas en abstracto es algo inverosímilmente vacío, en cualquier caso se ama a las cosas porque representan valores eternos y dignos de ser amados: la justicia, la libertad, el amor. Pero esta desde luego es una circunstancia que se da por igual en ambos sexos, como también se da por igual el hecho de que se amen las cosas concretas que ama el ser amado. Si la mujer ama la pipa de su marido, el marido, por su amor a su mujer, ama su secador de pelo, y la mujer, por amor a su hombre, ama el vaso en el que bebe. Suponer otra cosa, suponer que la mujer ama concretamente a los seres que la rodean proyectándolos a las cosas inanimadas que están en contacto con ellos dice muy poco de la capacidad de amar y del modo de amar de la mujer, una capacidad inmensa, tan inmensa como la del hombre, o tan desértica como la de éste, según cada individuo.

Cuando se trata de mujeres, buscad al hombre.

Consecuencia a la que llega Sábato después de obsequiarnos con una reflexión de un imbécil llamado Weininger, que sostenía que la mujer no tiene alma. Dice nuestro autor que las opiniones de la mujer son las de su marido o las de su amante, algo que en muchas ocasio-

nes, desgraciadamente yo no puedo negarlo, es cierto. Pero es cierto simplemente porque a la mujer se la ha educado siempre y, desde que comienza a andar, en la superioridad del macho: otorgándole un tipo de juguetes «femeninos», negándole la posibilidad de dedicarse a actividades «masculinas» y preparándola en fin para que ejerza un papel de madre, productora y educanda de hijos y contentadora de su marido/amo. Así es lógico que la mujer, reprimida toda su vida y desde antes de nacer, no sea capaz de opinar distinto que su marido. Pero cuando la mujer vive en un ambiente familiar mínimamente abierto, cuando respira una situación donde la libertad es algo más que una palabra, o simplemente cuando a pesar de todo se hace consciente de su cualidad de ser humano, entonces deja de opinar al igual que su padre, su marido, su hermano o su amante, para opinar como ella misma. Es todo, como siempre, un problema de educación.

Detrás de muchos grandes hombres hubo una mujer.

Dice esto Sábato achacando a Weininger el que, en su libro/insulto sobre la mujer, no recuerde este hecho: detrás de cada hombre hay siempre una gran mujer. Y nos recuerda a las personas de San Agustín, San Francisco, Goethe, Napoleón, entre otros. No se le ocurre a nuestro autor que esas mujeres pudieran ser grandes por sí mismas, sin necesidad de situarse detrás de esos hombres superiores. En cualquier caso me parece a mí mayor el mérito de Santa Mónica, esa mujer de fe prodigiosa, que el de San Agustín, ella debió rezar mucho para influir en la conversión del crápula de su hijo, y él sólo debió dejarse llevar.

La mujer es un objeto sutil y complejo.

El mecanismo de encendido de motor de un carro de combate A-MX30 es también sutil y complejo. La mujer, debo decirlo, no es un objeto, sino una persona; lo de objeto no me vale ni como metáfora ni como leve ironía. No es más sutil que el cerebro de cualquier hombre, aunque no cabe duda de que Einstein debía tener una personalidad más sutil que la de mi portera, también es cierto probablemente que madame Curie era más sofisticada que el vendedor de periódicos de mi calle. Dice que es complejo. Ciertamente lo que es complejo es el ser humano, independientemente de su sexo, pero la mujer no es «tan compleja», eso es subterfugio que se utiliza cuando se trata de justificar actitudes de la mujer incomprensibles para el hombre y, sin embargo, meridianamente claras para ella misma y para otras mujeres.

Citando a Baudelaire: «La mujer es el pecado y el infierno.»

Yo no conozco de verdad la vida amorosa de Baudelaire ni quiero imaginármela. Pero lo que parece claro es que no debió ser un lecho de rosas. La vieja idea judaica de que la mujer es la perdición del